

maltrechos malheridos y en agonía los diputados, como los Monarcas, ya sin alientos casi. A cada paso que daban las muchedumbres, á cada esfuerzo que hacían, á cada minuto nuevo señalado en el reló de los tiempos, á cada viva en los aires vibrante, se caía un pedazo de la Constitución, que, so las moles ciclópeas de sus ruinas aplastaba ya la cabeza de un representante popular con toda su aureola de soberanía, ya, con la rizada peluca, el cerebro vacío de los realistas, quienes, aguardando el Mesías extranjero, topaban desafiados con una improvisada República. Impaciente Roederer en el Palacio al ver la tardanza de los ministros y su larguísima detención en el Congreso, echó á correr hacia este último, con ánimo de arrancarle un supremo remedio para la Monarquía. Mas en la escalera de su descenso encontró á los compañeros de la Diputación provincial que subían, y en el jardín á los ministros, que tornaban descorazonados del Congreso. Reunidos todos cambiaron entre sí las respectivas noticias con las respectivas impresiones; y mientras los diputados contaban cómo ardía París, contaban los ministros cómo el Congreso se quedaba en cuadro, y, no habiendo en él medio ciento de diputados, apenas podían resolver estos ningún negocio, ni prestar ningún auxilio. Así volvieron todos á las Tullerías descorazonados. En la vuelta pudieron unos y otros convencerse de cuán opuesto á toda guerra estaba el ánimo de aquella gente, armada con toda suerte de armas, inciertos al pie mismo de los cañones, cuando la tempestad al combate los empujaba. Ninguno, entre tantos milites, ardía en deseos de pelear y morir, ni mostraba sus armas, ni pedía un puesto en el peligro; todo lo contrario, el más resuelto á observar sus deberes, los observaba con resignación, y todos en voz alta y unánime se dolían de que les obligasen á derramar su propia sangre derramando la sangre de verdaderos hermanos suyos, con quienes se confundían en los senos de la libertad y de la patria. Inútilmente Roederer, contestando á sus preguntas les hacía observar cómo no eran sus hermanos aquellos que se adelantaban á exterminarlos, movidos por odios carniceros contrarios á toda fraternidad. No querían oír tal cosa. Pero los resueltos á defenderse y defender la Monarquía con verdadero entusiasmo, comentaban sus dichos con aplauso y exigían del diputado departamental fuese á repetirlos por los jardines, á fin de que tomasen aliento los más desalentados y valor los más tímidos. En efecto, no estaba la cobardía cívica entre los defectos del síndico. Lo dicho en el jardín repetíalo por todas partes dentro y fuera del palacio. No podía ésto presentar un aspecto más formidable. Parecía un presidio verdadero, como llaman los clásicos al seguro y al fuerte militar, erizado de agudas lucientes bayonetas. Éstas hallábanse agrupadas de tal suerte, que á sus fuegos cruzados debían caer, como espigas por hoz cortadas, las haces de los rebeldes. El cañón de un lado, reventaba por lanzar sus enrojeadas balas; y de otro lado las ametralladoras por sembrar la erupción de sus municiones, parecidas á trombas de aerolitos diseminadas por todas partes. No faltaba en lo mecánico particularidad alguna; pero en lo moral ¡ah! faltaba un verdadero entusiasmo. Roederer quería

inflamar este grandioso elemento de combate, y traer este seguro nuncio de victoria entre aquella gente con su palabra. Pero esta palabra, lógica y sosegada, parecía de hielo, no prestando el fuego, que todo lo mueve, antes difundiendo el frío, que todo lo paraliza. La palabra de los grandes movimientos, verbo de las ideas progresivas, revelación del espíritu humano, vibró antaño en labios de Mirabeau y vibraba por la sazón que describimos en labios de Vergniaud. El primero tronaba como un versículo sináico de la Biblia; el segundo acariciaba las orejas como una oda griega de Simónides ó como una dulce melodía de clásica cítara. Las frases de Roederer acertaban á convencer; pero no acertaban á persuadir. Tocaban en la inteligencia con su verdad; pero no tocaban en el sentimiento con su calor. Y aquella hora suprema exigía grandes actos producidos por profundas y persuasivas arengas. No se trataba tanto de creer como de pelear y de morir. Eran racionales y razonadas las frases del síndico; no eran de ningún modo conmovedoras.

Resuelto y decidido Roederer, desde las primeras horas del conflicto, á que todo concluyera por una reconciliación entre la Cámara y la monarquía, factores esenciales de la Constitución francesa, no quiso perdonar medio alguno conducente á mantener las resistencias y mover el ánimo perplejo de los milicianos hacia el combate, según lo imponían las leyes morales más rudimentarias que rigen la humana existencia y los preceptos más necesarios de toda disciplina. Movido por tal convicción estóica, no obstante saber la inutilidad completa de sus esfuerzos, iba de corro en corro, desde un retén á otro retén, llevando en sus labios las fórmulas oraculares del deber público y de la obligación moral para que las conciencias se despertaran, y al despertar de las conciencias siguieran los movimientos del afecto. Y como cumplía el acto aquel desesperadísimo sin tener convicción alguna respecto de su tangible utilidad, exageraba su importancia, considerándolo último asidero de los ya exhaustos y moribundos náufragos. Mas en el pensar de muchos realistas, no bastaba con decir de corro en corro lo mismo, como consejo particular y privado, era necesario decirlo en público y en voz altísima para que con lo claro del propósito resultase a virtud de su eficacia. Daba consejos y se le pedían discursos. Pues al discurso Roederer ocurrió como al consejo, y gran hombre de bien, repitió en público lo mismo que dijera en privado. Así habló, no con elocuencia persuasiva, pero con mucha honradez y muchísima sinceridad. Estas palabras sinceras debían ejercer muy soberano influjo sobre aquellos corazones, cuando muchos milicianos, propensos á favorecer la revolución, se fueron lejos de su presencia para hurtarse á los alcances de tamaños ratiocinios, concebidos en profundas meditaciones y expresados con llaneza, que acrecentaba su profunda rectitud y su ingenua sencillez. Uno, entre tantos milites liberales, creyó indigna de la firmeza propia hurtarse á la elocuencia y al ratiocinio ajenos. Así volvió sobre sus pasos, y después de haber oído la breve arenga del síndico aconsejando la disciplina, preguntóle si acompañaría en el combate con su cuerpo á los que hacia el combate mandaba con su palabra. Roederer

no vaciló un minuto en asegurar que la palabra honrada se robustece con el honrado ejemplo, y que, aconsejando el pelear hasta la muerte, pelearía y moriría él, no junto, á la cabeza de sus aconsejados. Así, todos sus colegas, es decir, todos los diputados departamentales, oyendo la estóica y firme corroboración de lo dicho por su jefe, se asociaron al propósito y prometieron estar á su lado y como él mismo cumplir sus juramentos. Mas no consiguieron efecto alguno tales arrebatos de lealtad en aquellos, á quienes se les hacía durísimo creer merecieran este sentimiento los traidores, aunque ciñesen coronas. Y al interpelante de Roederer, tras la respuesta dada por éste á las observaciones militares y políticas, no se le ocurrió ninguna cosa más que derramar por el suelo todas las municiones recibidas para defender el palacio; apagar bajo su pie la mecha que aplicar debía su mano al ojo de los cañones, y cruzándose de brazos, aguardar una inundación, en su concepto, inundación irremisible al par de incontrastable. El acto no fué inadvertido por los que iban llegando en són de guerra, muy resueltos al asalto de la regia vivienda, ya fuese con armas, ya fuese con voces. Una tormenta de aplausos y vítores subsiguio, pues, al acto aquel de veto á la obligación militar y desprecio de la ordenanza, demostrando cuál dédil resistencia se podía por la milicia oponer al soberano y supremo empuje de la plebe: que para un Roederer que se presentaba con los anhelos del deber, veíanse innumerables marseleses que conjuraban el rebaño de suizos puestos en las regias escaleras el desierto de su sitio y pasarse con armas al pueblo. El palacio por la mañana del diez parecía un hervidero de contrarias pasiones. Poco á poco se iba perdiendo arriba la esperanza y abajo aumentando, en los populares, el atrevimiento. Y sin embargo los ministros del Rey, aquellos ministros realistas, sucesores de ministerio girondino, juzgando del corazón y del temperamento de la plebe por su propio temperamento y por su propio corazón, aconsejaron cosa grave, á saber, que Rey tan débil, como Luis XVI, revistase fuerza tan enrespada, como la Milicia Nacional. Cualquiera monarca del régimen antiguo revisitaba las tropas en armas y promovía los sentimientos populares, cuando estaba viva la realeza en los corazones y en las ideas. Para el soldado que sustentaba en Flandes la dominación española ó para el navegante que pisaba tierras, las cuales parecían recién creadas como las tierras de América, importaban poco la poquedad y la raquitis de Carlos II, pues era un verdadero símbolo, y su degeneración se ocultaba con facilidad á los ojos, como se oculta lo feo, lo rasgado, lo sucio de un viejo pabellón, por los recuerdos gloriosos que dispierta, convirtiéndose sus propias manchas en estrellas de la honra nacional. Mas, para esto, hay que creer con fe ciega en la religión de nuestros padres, que admitir como norma de nuestras instituciones la Historia, que sentir desvanecimientos de felicidad á la presencia de un monarca, mirando el palacio como los fieles miran un verdadero templo y la regia persona como los idólatras el ídolo. Pero id con un Rey así á los que han ya pensado con el pensamiento de Descartes, leído los libros de Rousseau, asimiládose la En-

ciclopedia de Diderot, dialogado con Franklyn, reído con la risa de Voltaire, hablado con la palabra de Mirabeau. «Los grandes nos parecen grandes, había dicho este orador ciclópico, porque los miramos de rodillas; pongámonos de pie.» Y se habían erguido aquellos que se hincaban de hinojos al descubrir la carroza del Rey. Obligadlos á que se hinquen de nuevo; no lo podréis conseguir.

Enrique IV, gallardo, apuesto, gascón, es decir, locuaz, heroico, podía ganar batallas, guiando sus tropas con el plumero blanco en el capacete férreo, y deslumbrándolas con su armadura, damasquinada por hábil joyero florentino, como ganó la batalla de Ivry; pero también las ganaba entonces un Luis XIII, también allá en Rocroy vencía, siendo la menor cantidad de Rey posible, ó empleando el talismán de su nombre únicamente; porque no vencía él, vencía la religión monárquica, la fe por él inspirada, siquier fuese lo que llamamos en lengua moderna una verdadera nulidad su persona, y su alma una sombra. Los Estados se fundan, como sobre sólidas bases de granito, sobre los sentimientos de los ciudadanos; y de las ideas, más ó menos condensadas, se componen las sociedades todas como se componen del éter celeste las cosas y objetos materiales. El Rey Luis XVI representaba en las alturas del Estado la decadencia del sentimiento monárquico y del principio monárquico que aquejaba las conciencias y los corazones de sus súbditos. Aunque semejara un león, cambiados los afectos colectivos, no sugiriera ningún respeto. Luis XV mismo, ya tan cercano á la decadencia monárquica, parecía un zorro viejo; y aunque todos murmuraban de su persona y costumbres en secreto, todos también le respetaban en público. Luis XVI, decaído é inerme, representaba la decadencia y el desarme de la realeza, náufraga, en verdad, por haberle faltado aquel elemento, sobre cuyas olas flotaban los cetros, el amor nacional. Y nadie se hallaba tan persuadido como Luis mismo de tamaña deficiencia, que ponía en trance de muerte una institución secular, falta de aire ó atmósfera en que pudiese respirar y vivir. Así, cambió el cetro por el escoplo. Así, desde los primeros años, se redujo al patriarcado sobre su familia, no pudiendo ejercer el patriarcado sobre su pueblo. Los historiadores creen á una posible la victoria de Luis XVI en aquella suprema ocasión sobre los rebeldes, si monta un alazán guerrero, viste cota de malla espléndida, sujeta banda roja de su costado y plumero blanquísimo de su casco, empuña un cetro, asido en su mano fuertemente como las riendas del alazán, y da voz tonante de fuego, cual pudiera Júpiter fúlmicar desde su Olimpo un rayo. Como Lamartine y otros historiadores quieren al Luis XVI de la realidad, pintó Velázquez al Felipe IV de la Historia. Y en los campos del Pardo, por la primavera; frente á las montañas del Guadarrama ceñidas con sus coronas níveas; caballero en fuerte bruto que se bebe los vientos á sus galopes; el chambergo con plumajes á la cabeza y las botas de tafilete al pie; lo pinta, pretendiendo presentar un Rey guerrero, ¡grandísima ficción! cuando, concluidos los señores feudales, y reinante sobre todo y sobre todos el absolutismo, sólo existen